

# LIBROS

## José Hierro, «juanramonísimo»

En este país tan dado a mitificaciones y cultos personales, tan lleno de miedos e inseguridades, tan hambriento de certidumbres, hay un escritor, un poeta, que ha sabido enviar al desván de lo inservible toda clase de prejuicios y de tópicos, de comodidades y de paraguas teóricos, para salir a la calle por su cuenta y riesgo, sin remitirse a recomendaciones protectoras o patrocinios de grupo; para inventarse machadianamente su propio camino. José Hierro es un santanderino de Madrid y de 1922, con una decena de libros importantes y una voz personal no sometida a las distorsiones de unos o de otros. No sé si esta caracterización encierra un valor objetivo, pero en mi particular perspectiva y en momentos de tanto confusionismo literario como los que vivimos —recordemos, de un lado, las declaraciones de Juan Benet en esta misma página, y de otro las opiniones contrarias en la sección destinada a los lectores— si le confiere la máxima jerarquía, la que proviene de la afirmación de lo propio desafiando todo tentador confort. Ya el segundo libro de Hierro, «Alegria», permitió que escucháramos una voz nueva en la hora justa en que, agotado el «garcilasismo» y aun no revelado el gran Blas de Otero —«Angel fícramente humano», más se necesitaba. Después y sucesivamente, «Con las piedras, con el viento», «Quinta del 42», «Estatuas vacantes», «Cuanto sé de mí», el «Libro de las alucinaciones», sostendrían esta voz en toda su pureza e independencia.

José Hierro trabaja en una editorial y ejerce la crítica de arte en un diario madrileño. Y con una cierta constancia se dedica a la enseñanza de la literatura. Ahora se encuentra a punto de comenzar un curso de literatura española, dentro de la serie que suele organizar la Universidad de Nueva York. El tema central del curso será, seguramente, la obra de Ramón Gómez de la Serna.

—He defendido alguna vez —le digo— la reivindicación

de Ramón Gómez de la Serna. Discutible como novelista, según mi parecer, ha sido, por otra parte, el inventor de un nuevo modo de expresión, de un lenguaje distinto.

JOSÉ HIERRO.—Creo que no hace falta reivindicarle; todo el mundo le concede lo que realmente vale. Lo que ocurre es que apenas se le lee.

—Pero ha influido mucho en las generaciones siguientes, por ejemplo en la del veintisiete.

(Recuerdo que Claudio Rodríguez, un buen especialista de la poesía española de este siglo, mantiene la tesis de la presencia ramoniana en la promoción "gongorina", y concretamente en Alexandré, en cuya obra —y en opinión suya— aparecen greguerías en

poético definido por los influjos modernistas que le llegan, incluso, de Antonio Machado.

—Después, ya en mil novecientos veintisiete, sería el esquema gongorino el que prevalecería.

J. H.—Sí, pero el Góngora ya incorporado a la gran corriente literaria española. Porque sin Góngora se hubiera dado igual la generación, con sus notas peculiares. No hay influjos rastreables y directos de Góngora en los hombres del veintisiete; para decirlo en palabras corrientes: se trataba de definir al grupo, y entonces ellos mismos, los que lo formaban, buscaron un padrino en el pasado, aprovechando la coincidencia con el centenario. Podemos observar, sin embargo, otras influencias

berg... Yo no veo en la guerra ninguna ruptura. En todo caso, hubo una interrupción, no una fisura radical.

—Si nos acercamos más a este tiempo tropezaremos con el fenómeno cuyo índice más expresivo lo constituye la antología de Castellet, la primera, la social.

J. H.—No entiendo lo que ha pasado últimamente con Castellet. Le niegan el pan y la sal los mismos que entonces le ensalzaron. Y no obstante, yo creo que Castellet sigue siendo el mismo. Por supuesto que, si hablamos de sus criterios, yo no estoy muy de acuerdo con él. Lo que hizo al plantearse la antología, digamos, realista, fue establecer un esquema previo y limitativo, una actitud cuya perspectiva no abarcaba toda la realidad; quería, simplemente, probar unas tesis determinadas, y para ello se impuso una visión parcial. Esto le condujo a cometer alguna notoria injusticia. Creo recordar, aunque no estoy muy seguro (tendríamos que comprobarlo), que en aquella antología se halla ausente Pablo García Baena, el autor de un libro de primerísima calidad, «Antiguo muchacho», que merecía, más que otros, ser incluido en la corriente.

—Pero tú no estás en contra de la poesía social...

J. H.—De ningún modo. La poesía social, la auténtica, la válida, sigue estando a la misma altura. Pienso en Blas de Otero y en Gabriel Celaya, sus máximos exponentes. No pienso en los epígonos, en los segundos; esos están en baja porque tomaron de ellos lo pasajero, lo adjetivo, pero no pudieron igualar su calidad. Blas de Otero continúa haciendo la misma poesía de hace diez o quince años. No ha cambiado en calidad ni en intensidad. Ha evolucionado de acuerdo con las nuevas necesidades, no en su planteamiento más hondo. Y Celaya lo mismo. La poesía social puede salvarse, pienso, cuando responde a una verdad; su finalidad la ennoblece si tiene calidad. Y en cualquier caso, aunque no la tenga, puede encontrar una justificación por sus fines.

—Avancemos en el tiempo y lleguemos a los «novisimos».

J. H.—Decía antes que Castellet sigue siendo el mismo y lo repito. No se ha pasado a un esteticismo delirante, como algunos suponen. Pero ocurre que las circunstancias han cambiado, y si se aplica su esquema de entonces surgen los «novisimos», no todos con calidad, es cierto. No obstante, hay en la selección dos

nombres que destacan por ella, los de Gimferrer y Vázquez Montalbán, dos poetas primerísimos en sus distintas líneas. Yo incluiría en los «novisimos» a un poeta «de Madrid», a Félix Grande, aproximadamente de la misma edad de los mayores, porque tiene un mundo muy ancho y muy afín al espíritu de la antología.

—Aún no hemos hablado de las influencias que tú has recibido.

J. H.—Son de fácil detección. Durante un tiempo, mucho tiempo, los de Gerardo Diego fueron mis libros de cabecera. Pienso ahora en «Versos humanos», que me enseñó la técnica expresiva, como también en Rubén Darío y en el Antonio Machado de «Galerías» y de «Nuevas canciones», no en el de «Campos de Castilla», que es, para mí, el peor. Asimismo, estoy obligado a reconocer lo mucho que le debo a Juan Ramón Jiménez. Puede decirse que soy «juanramonísimo». Toda la poesía última resultaría inconcebible sin Juan Ramón. Se ha escrito de Jiménez —como diría Cernuda— clasificándole como «ahistórico». ¿Y el poema «Espacio»? ¿Y la tercera antología? ■ EDUARDO G. RICO.

## Los difíciles caminos de la literatura independiente

Como en los descubrimientos arqueológicos, reina general sorpresa en el cónclave de los arqueólogos, porque han sido los propios hallazgos los que han ido a buscar a los arqueólogos. De pronto, un grupo de poetas catalanes de Gerona ha puesto sobre las más preclaras mesas críticas del país cinco libros de poemas en catalán, cinco, correspondientes a otros tantos poetas, cinco: Xavier y Jordi Roig Fontseca, Josep Maria Nadal Farreras, Jordi Pujada Ribera y Narcís Comadira. La colección había sido sufragada a base de mil habilidades de autores-editores "amateurs", que, entre otras torpezas, habían cometido la de no enviar ejemplares a los críticos literarios. Sólo habían enviado a la revista Presencia, de Gerona, pero en la comprobación de que nadie es profeta en su tierra, no ha dado el envío por recibido. De la noche a



abundancia y hasta en los títulos: "Espadas como labios".)

J. H.—Yo entiendo que la prosa ejerce muy poca influencia sobre la poesía. En el primer Lorca puede advertirse una cierta influencia sobre la prosa de «Impresiones y paisajes», pero no en los poemas, donde se nota una fuerte influencia rubeniana y Juanramoniana, del Juan Ramón anterior a «Diario de un poeta recién casado». Se mueve Lorca, en aquellos años, los anteriores a su estancia en la Residencia de Estudiantes, en un cuadro

más directa, especialmente sobre algunos de ellos, Alberti, por ejemplo. La poesía de Alberti se entronca en la línea de los cancioneros tradicionales de la literatura española. Pensemos en «Marinero en tierra».

—Un fenómeno parecido se daría en la generación «garcilasiana» de la posguerra.

J. H.—Justamente. Detrás de la evocación de Garcilaso existe, con toda seguridad, una continuación del neoclasicismo de antes de la guerra, transmitido por aquellos que conocían muy bien a Miguel Hernández, Luis Rosales, Blei-